





FATA

Y EL VIAJE AL ÁRTICO EN SUBMARINO

Chus Lago





© Ediciones DIQUESÍ

© de la autora: Chus Lago

Ilustraciones: Fátima Díaz-Ropero Olmedo

Dirección editorial y edición: María J. Gómez

Diseño y edición: Estelle Talavera

novedad@edicionesdiquesi.com

www.edicionesdiquesi.com

ISBN: 978-84-125013-6-0

Depósito Legal: M-20517-2023

© Todos los derechos reservados

1ª Edición: Madrid 2023

Impreso en España por Estilo Estigraf S.L.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

FATA

Y EL VIAJE AL ÁRTICO
EN SUBMARINO

Chus Lago

Con todo mi cariño para la gran familia Sanjurjo, y en especial a Manolo, por haberme prestado su maravilloso submarino para esta novela.

To my dears Mary Ellen Yale and Jim Yale and their grandsons, the twins, Lincoln and Graham Yale and Thomas and Jessalyan Head.

Agradecimientos

A Laura Carrasco-Navarrete (Deputy Superintendent of Academics & Student Services International Leadership of Texas, ILTexas) por abrir la puerta de ILTexas a Fata y a los fantasmas del Everest.

A mi editora María José Gómez y a Estelle Talavera Baudet, por su apoyo, su profesionalidad y por el exquisito trabajo volcado en este libro.

Gracias A Fátima Díaz-Ropero por esas maravillosas ballenas nadando junto al Sanjurjo.

Gracias, Nancy Salazar: tu energía, ilusión y camaradería son lo mejor de ti.

Gracias, Elsa Torres, por participar de mis escritos, no sabes, amiga, cuánto voy a echar de menos esos cafés malísimos que haces.

Gracias, Rosana Biscardi, por ser la gran acogedora que eres. Por toda la paz e ilusión que irradias y que contribuyó también a la mía personal en Kingwood.

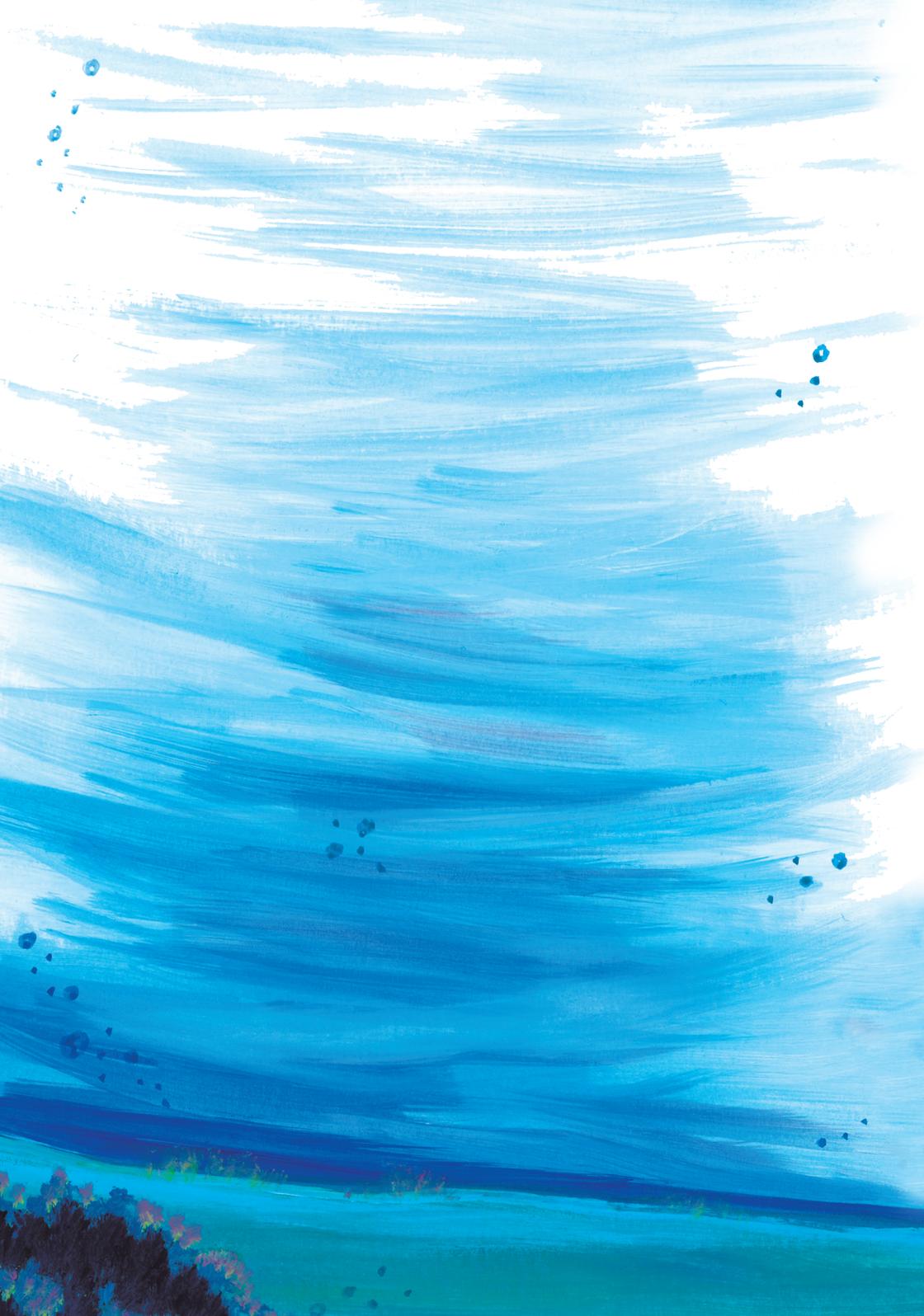
A mi querida Sali Agustí, casi una hermana, porque la distancia nunca ha sido un problema para ti.

Gracias, Manoli Lado, por seguir ahí, sin importarte mis largos silencios de escritora. Por ilusionarte con cada paso que doy, eres un regalo maravilloso. A mis amigas Raquel Covarrubias, los brazos para Solomon mientras escribía. Gracias, Graciela Gómez por responder siempre, siempre.

A mis amigos: Rechard y a Holly Holerfinguer (experta en juegos de enigmas y misterios), por sus valiosos consejos.

Thank you May Ellen, for giving me your time, your generosity has taught me a lot about people's hearts.

A todas vosotras: porque la energía de esta novela se nutrió de vuestras risas, vuestro apoyo y ese maravilloso tiempo compartido.



1

UNA REUNIÓN POR TODO LO ALTO



castillo del Machapuchare, sábado, 12:40 de la mañana.

«Pipiii, piipiipipii, pipipiiiiipiiipiiipiiipii».

El telégrafo comenzó a emitir con insistencia un mensaje en código morse, al que nadie prestó atención.

El día estaba siendo de lo más ajetreado allá arriba, en el castillo del Machapuchare, un lugar de acceso imposible y solo apto para los integrantes o escogidos aspirantes al **RCiMA**, Real Cuerpo de Investigadores Mágicos de la Aventura.

Y antes de que te preguntes cómo llegaron hasta allí, te lo cuento: a través de un pasadizo secreto.

El castillo era de puro hielo cristal, indetectable para los aviones que lo sobrevolaban. Sin embargo, en el interior uno estaba de lo más caliente y confortable, mucho más de lo que te puedas imaginar. Después de

franquear el túnel excavado en la roca de la montaña, se accedía directamente al salón-biblioteca, para acto seguido caminar sobre la mullida y descomunal alfombra. Era una valiosísima pieza de artesanía tejida en el Tíbet, que ya nadie recordaba cómo o quién la había traído hasta allí.

Y justo al otro lado de esa puerta secreta, sobre esa misma alfombra, estaba el sonriente Pemba, uno de los aspirantes al selecto club, dispuesto a ayudar con el alojamiento a todos los recién llegados y a sus extraordinarias mascotas: musallardos, musardillas, murcigatos y petaurogatos.

–Bienvenidos al Machapuchare. Sus credenciales, si son tan amables –le decía Pemba a cada uno; una frase que había leído en un libro sobre espionaje.

¿Y quién es Pemba realmente? Pemba es un niño que vive en una aldea, no muy lejos del Machapuchare, con su abuelo Chittadar. Era el mejor curandero a muchos kilómetros a la redonda y de él había aprendido poco a poco el arte de la medicina de las plantas. Gracias a esa saga de curanderos en la familia –todos sabemos que los curanderos son un poco magos–, por las venas de Pemba corre un minúsculo octavo de ma-

gia, una pizca irrisoria, pero eso le valió para obtener un permiso «pelado» y poder escalar el Machapuchare, la montaña prohibida.

El sueño de Pemba es ingresar en el **REIMA**, pues por ahora es, como te decía, Aspirante a Aspirante, «AA». Por algo se empieza.



Aquella misma noche se iba a celebrar la reunión anual de miembros del **REIMA**, un congreso de tres días de duración, en el que los socios intercambian opiniones sobre temas que tienen que ver con la aventura, al más puro estilo de las reuniones de las antiguas Sociedades Geográficas.

–¿Han llegado todos? Por cierto, me ha parecido escuchar el telégrafo –dijo Fata.

Y señaló el artefacto que había sobre la mesa, sin dejar de patinar en dirección a la biblioteca –un medio de transporte muy útil para un castillo tan grande–.

¿Y Fata quién es? Pemba y Fata son amigos de aventuras desde que se conocieron, no hace mucho. Ella es un hada de montaña y, como tal, tiene ciertos

poderes. Uno de ellos es la capacidad de volar, pero solo hacia abajo, y eso es debido a otro talento: el don de respetar las montañas, es decir, de llegar a la cima con esfuerzo.

Su trabajo, principalmente, se basa en custodiar el archivo de la Aventura más grande que jamás haya existido, el del Machapuchare, que contiene diarios originales de exploradores, mapas, fotografías y objetos que les pertenecieron.

Fata tiene una mascota muy especial, Kukur, un musallardo capaz de rastrear olores complicados, predecir avalanchas y curar con la saliva. Además, posee un oído finísimo: puede escuchar los pensamientos más sutiles de la gente.



2

EL CHISMÓGRAFO



Pemba, el recado de Fata le había resultado algo confuso en medio de aquel ajetreo de recién llegados que no paraban de hacerle preguntas. ¿Qué había dicho Fata? No sé qué del *sismógrafo*... ¿Del *chismógrafo*? ¿Del *espectrómetro*? Pero, al instante, dejó de pensar en ello y continuó con el trabajo que tenía entre manos.

«Piiii, piipiiipii, pipiiiiiiipiiipiiipii», insistió el telégrafo. Ni caso.

Pemba estaba muy concentrado en el retrato de una de las credenciales; se frotó los ojos y parpadeó antes de volver a mirar otra vez. Algunos de los socios le resultaban algo borrosos, como transparentes.

«Creo que empiezo a estar cansado», pensó, pero continuó sin darle mayor importancia.

—¡Oye, Pemba! ¿Nuestra habitación da hacia la cara norte de la montaña, por casualidad? Sería fantástico

contemplar los famosos montes Annapurnas al amanecer –dijo Nellie Bly, mientras recogía la llave de la habitación que Pemba le ofrecía en ese momento.

–¡Nellie, déjate de amaneceres, las habitaciones de la cara norte son mucho más frías! –se lamentó la exploradora Mary Kingsley, que compartía habitación con ella.

–¡Oh, amiga, cómo se nota que lo tuyo son las expediciones por África! –respondió esta, levantando los ojos hacia el techo y abanicándose la cara con la hoja del programa, simulando tener calor.

–No os preocupéis, las habitaciones que dan al norte tienen todas doble chimenea, doble ventanal y edredón, y les corresponde doble ración de chocolate caliente por la mañana –explicó Pemba, de corrido.

Se había estudiado bien todas las posibles preguntas; Fata le había advertido que no estaría a su lado para echarle una mano, y debía estar preparado.

Aquel lugar, en lo alto de la montaña, que normalmente era el paraíso de la tranquilidad, se convertía en un sitio muy concurrido y bullicioso una vez al año, cada vez que los miembros del **REIMA** se reunían. Durante el Congreso Anual, el castillo del Machapu-

chare se llenaba de personas muy, pero que muy, especiales. Todas ellas bastante curiosas: originales, divertidas, atrevidas y muy diferentes a las que normalmente conocemos; ese tipo de personas que parecen inventadas. Pero de eso nada, son auténticas. Es decir... que «fueron» auténticamente reales.

Nellie Bly, por ejemplo, era una famosa reportera que había dado la vuelta al mundo más rápido que Phileas Fogg, el protagonista de la novela de Julio Verne. Y Mary Kingsley había recorrido África para estudiar a las tribus caníbales, vestida con las largas faldas que se usaban en el siglo XIX, y una sombrilla, que resultó de lo más eficaz a la hora de ahuyentar hipopótamos.

Es lógico que Pemba se sintiera un poco apabullado entre tan insignes exploradoras.

Maletas por aquí y por allá, mascotas corriendo, gente subiendo y bajando de sus habitaciones y curioseando por cada rincón... En el fondo, todos ellos se sentían como en su propia casa.

La entrada secreta, por la que habían llegado todos los exploradores desde los lugares más alejados del planeta, estaba situada justo bajo la librería del salón-biblioteca.

Los goznes y pestillos de la puerta no habían parado de emitir agudos chirridos durante todo el día: «Chas, chap, clap, ñiiiiiiii, ñaaaaaa».

En realidad, uno se acababa acostumbrando al sonido y ya nadie reparaba en él; estaban todos demasiado ocupados, entretenidos y encantados de encontrarse de nuevo.



¡VAYA LÍO DE MENSAJE!



fue entonces cuando la gran puerta secreta retumbó al cerrarse definitivamente: «¡Ta, ta, ta, trásss!» y luego un «¡PUM!» seco y contundente. Las conversaciones se enmudecieron en medio de aquel novedoso silencio; habían estado hablando casi a gritos, sin darse cuenta, y ahora, sorprendidos por el sonido de sus propias voces, guardaron silencio al mismo tiempo, como para ver qué estaba pasando. Y justo en ese instante, el telégrafo irrumpió con fuerza:

«Pipiii, piipiipiii, pipiiiiiiipiiipiiipiiipi».

Permanecieron quietos como estatuas, sin mover una pestaña. Las conversaciones quedaron suspendidas definitivamente. Los pasos se detuvieron allá donde fuera que se estuvieran dirigiendo en aquel momento. Los que ojeaban libros, mapas o algunos de los objetos

curiosos que había por doquier, simplemente levantaron la vista ante el temor de hacer cualquier ruido.

La concentración era absoluta; cuando se trataba del telégrafo era vital distinguir la duración de cada pitido.

Pemba fue el único que no lo entendió así y salió corriendo hacia aquella parte de la librería en la que se encontraba Fata. Tenía que recoger la cinta del documental que se proyectaría después de la cena.

El hada estaba colgada de una de las últimas estanterías; se había quitado los patines y ahora llevaba sus zapatillas de pies de gato, más apropiadas para escalar.

–¡El *chismógrafo*oooo estáááá emitiendo unnn mensaaajeee! –gritó Pemba con toda la fuerza de sus pulmones, un esfuerzo que había sido del todo innecesario, porque el repiqueteo del telégrafo había llegado, con absoluta claridad, a cada rincón del primer piso.

–¡Ooooh! –protestaron ante la desconcentración que Pemba había provocado con sus gritos.

Fata abrió sus alas y saltó graciosamente hasta el suelo, llevándose consigo la película bajo el brazo.

Una vez allí, corrió con Pemba hacia el telégrafo.

–¡Menos mal que estabas atento! –dijo Fata a su amigo, en tono burlón.

Los miembros del **RCiMA** que se encontraban próximos al telégrafo, abrieron paso para que Fata pudiera acercarse con facilidad.

–Es un espía. Emite en código secreto. El *termógrafo* ese hace todo el tiempo: «tititiiii, titiii, ttiiii» –informó Pemba, moviendo sus brazos en el aire como si estuviera dirigiendo una orquesta.

–No, no. Creo que ha sido más como un «piiiiiiipi-pi...» –intervino Salomon Andréé, el explorador que había intentado alcanzar el Polo Norte a bordo de su globo aerostático.

–Os digo que el mensaje eran tres pitidos cortos, luego uno largo; así: «pi, pi, pi, pipii» –interrumpió Mary, abriéndose paso hasta el telégrafo.

–¿Estáis seguros? –preguntó Fata, anotando en orden los pitidos que le iban indicando para poder decodificar el mensaje.

–Sí, sí, toma nota y dinos –suplicó impaciente Pemba.

–Pues dice lo siguiente: «Aquí Charo. Reservado pescado congelado. Porciones de atracones. Confir-men» –tradujo Fata, con incredulidad.

–¿Esperabas un pedido de cocina? –preguntó Salomon, tomando la traducción para examinarla.

–¿Alguien conoce a esa tal Charo? –intervino Wanda, la directora del **RCiMA**.

–¡No, qué va! ¡Esto no tiene sentido! –respondió Fata. «Piiiiiiipiiipii, pipiiiiiiipiiipiiipiiipii».

El telégrafo sonó alto y claro, una vez más.

–¡Chisssss, escuchad! –ordenó Fata, que en esta ocasión prestó mucha atención. Y empezó a apuntar cuidadosamente en su bloc de notas.

–Vaya lío, todo suena parecido –se lamentó Pemba, ansioso por entender.

–«Aquí Faro. ¡Ya era hora! Estamos en el lago Pewa. La puerta marítima del lago está atascada. ¿Qué demonios hacemos ahora?» –tradujo Fata, y cogió el telégrafo para responder.

–¡Oh, Faro es el nombre en clave de Sanjurjo! –apuntó un explorador llamado Lawrence Oates, pero al que todos llamaban cariñosamente Titus.

Después de un nuevo intercambio de mensajes en morse, la conversación descodificada había quedado más o menos de la siguiente manera:

«Aquí Machapuchare. Lo sentimos. La única manera de llegar es por vía terrestre o por aire. Confirmen», escribió Fata como respuesta.



«¡Confirmamos que negativo: no vamos a volar ni locos! Guardadnos la cena. Confirmen», escribió el tal Sanjurjo.

«Confirmamos. Avisen cuando estén más cerca», respondió Fata, zanjando la conversación por aquella noche.

–¿Por qué querrían entrar por la puerta secreta marítima? ¿Vienen en barco, acaso? –dijo Wanda, pensativa.

–No lo sé. Hace unos días, Sanjurjo me envió un telegrama anunciándome que acudiría a la reunión relativa al Ártico, que era muy importante que llegara a tiempo –respondió Fata.

¡La reunión estaba prevista a las ocho y cuarto de la noche! Estaba claro que nadie podría recorrer la distancia que separaba al Machapuchare del lago Pewa en tan poco tiempo. Los caminos secretos estaban para acortar distancias, pero, al parecer, la puerta por la que habían intentado acceder estaba fuera de uso... ¡por falta de uso! Así que el tema quedó aparcado por el momento.

Apuraron el paso para ir a sus habitaciones, descansar un rato y ponerse de lo más elegante para la ocasión: la cena de apertura al Congreso.

–Podríamos ir a buscarlos y traerlos a lomos de Gaki –dijo Pemba.

Gaki era el caballo volador de Fata, un animal realmente fuerte que podía volar tanto hacia arriba como hacia abajo. Pemba no quería dejar a ningún huésped sin atender, necesitaba hacer méritos para ascender de AA a «Aspirante», a secas.

–Ja ja, se nota que no le conoces, el señor Sanjurjo tiene terror a volar, ya le has oído –respondió Fata.

–¡Fata, os espero a las siete en el estudio, tengo algo muy importante que contaros! –interrumpió Wanda desde lo alto de las escaleras, camino de su habitación.

–¿Entonces qué hacemos, Fata? –insistió Pemba.

Estaba preocupado.

–Tranquilo, el señor Sanjurjo es muy bromista, seguro que ya ha calculado que no podrán llegar hasta mañana, y para ello tendremos que ayudarlos a ascender la parte complicada de la pared –respondió Fata, subiendo los peldaños de dos en dos hacia su dormitorio.

–Pero escalar el Machapuchare está prohibido –dijo Pemba, y corrió tras ella.

–Lo está, a menos que seas del **RCiMA**. Y tranquilo, son de los nuestros –zanjó, cerrando la puerta de su cuarto tras de sí.

L

LA REAL SOCIEDAD GEOGRAFICA DEL MAGHAPUGHARE

 vestido con su nuevo traje, un elegante esmoquin, Pemba tenía un aspecto de lo más distinguido.

Fata estaba radiante, la que más: las alas doradas le sobresalían por la espalda sobre su largo vestido, también de color oro, que brillaba bajo las luces del salón como si estuviera hecho con polvo de estrellas.

Se había puesto en su corto cabello prendedores con minúsculos cristales de colores, y toda ella emitía una luz que fascinaba a los que la contemplaban.

Mary, Amelie, la inuk Tookoolito, Nellie y Wanda Rut, la directora, así como otras invitadas, estaban también muy bellas aquella noche. Por otro lado, caballeros como Salomon Andrée, Roald Amundsen o Titus, todos ellos exploradores de los Polos, habían optado,

como Pemba, por vestirse con esmoquin y dejar las cadenas de sus relojes a la vista sobre sus blancas camisas.

Las lámparas de araña de cristal de bohemia iluminaban el salón, que lucía más elegante y concurrido que nunca.

Bajo la librería, media docena de músicos interpretaban, es ese momento, el *Rondo Alla Turca*, de Mozart, hasta que la directora hizo sonar el cristal de su copa con un tenedor para llamar la atención de los asistentes y pedir un momento de silencio. «Chin, chin, chin».

—¡Señoras y señores, amigos, bienvenidos a la reunión ciento sesenta y siete del **RCiMA**!

Al instante, fue interrumpida por efusivos aplausos. Otra característica de los miembros del club era el desbordante entusiasmo y el afán, desbordante también, por demostrarlo.

Fata se había sentado junto a la directora del **RCi-MA**, Wanda Rut, que fue una famosa escaladora y, como todos allí, había decidido pasar a la acción secreta hacía unas décadas. Los miembros de contacto del **RCiMA** la visitaron cuando estaba en plena escalada en el monte Kanchenjunga y le habían propuesto ingresar en el club. Fue una oferta demasiado tentado-